

Una Ala-Triste lleva
 Cierta caudillo
 Que dar quiere á la patria
 Honor y brillo.
 ¿De qué manera?
 Con robos, con matanzas
 Y horrible hoguera.

Comparo yo á los puros,
 Sin grande pena,
 A los zánganos viles
 De una colmena;
 Pues con descaro,
 De la miel se alimentan
 Que no labraron.

Pretende el demagogo,
 Pueblo inocente,
 Que del yankee tú seas
 Víctima inerme.
 ¡No lo consientas!
 ¡Prefiere antes la muerte
 Que las cadenas!

Juárez, capitancillo
 De inicua farsa.

Hizo audaz con el yankee
 Pacto de alianza.
 ¡Cuánto me alegro!
 Indio que mira al Norte
 Se vuelve negro.

 VERDADES

Antes que el *puro* se enmiende
 ¡Mira qué comparación!
 Ha de calentar la luna,
 Y ha de refrescar el sol.

Querer al *puro* quitar
 El robo del pensamiento,
 Es escribir en el agua
 Y es predicar en desierto.

 EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA

CANTO ENCOMIÁSTICO DEDICADO Á LA FAMILIA ENFERMA

Si el pueblo desesperado
 Gime y llora y se exaspera,
 Bajo la infame bandera
 Del sacristán Degollado,

BIBLIOTECA ALFONSO
 DE LA UNIVERSIDAD
 M. A. N. B. I.

Con la mayor arrogancia
 Don Santos le dice ufano:
 «Tal es para el mexicano
 El Cuerno de la abundancia.»

Si el indígena de Ixtlán,
 Presidente de sainete,
 Al yankee jura y promete
 Hacerle nuestro sultán;
 Aunque á tan grande distancia
 Desde Veracruz nos dice:
 «A tu amo, pueblo, bendice
 Y al cuerno de la abundancia.»

Si el ínclito Don Melchor,
 Ministro de *relaciones*,
 De Lane á las instrucciones
 Se muestra amigo el mejor;
 Cegado por su ignorancia,
 Exclama con voz de trueno:
 «Lo del Norte sólo es bueno
 Y el cuerno de la abundancia.»

PALOMO TAPATÍO

— Palomito, ¿qué haces *ai*
 Tan triste y atormentado?

— Esperando una proclama
 Del *general* Degollado.

— ¿Para qué quieres, palomo,
 Esa hipócrita proclama?
 — Es que el *ministro de guerra*
 Libertadores nos llama.

— Palomito ¿qué haces *ai*
 En tan triste situación?
 — Espero que Santos grite:
 ¡«Viva la federación!»

— ¿Qué quiere decir, palomo,
 Eso de federación?
 — Que vivan los siete vicios
 Y muera la Religión.

BOLEROS

Si en las filas te encuentras
 Del demagogo,
 Abandónalas presto,
 No seas bobo.
 Toma el consejo
 De un antiguo patriota
 Honrado y viejo.

De libertad al grito
 ¿Sabes qué quiere?
 Pierdas tu religión,
 Tu patria y leyes.
 No te alucinen
 Con el grito de « ¡mueran
 Los gachupines! »

El demagogo pide
 Ya con descaro
 Que México del Norte
 Sea vil esclavo.
 Pues la creencia
 Religiosa, le abruma
 Ya la conciencia.

Los que agitan la guerra
 Civil, que vemos,
 Portarán su cadena
 De dobles hierros.
 Pues los sajones
 Las aplican con gusto
 A los traidores (1).

(1) A los pocos días de haberse entronizado el filibustero Walker, en Nicaragua, merced á los auxilios de los demagogos, ahorcó á su ministro de la guerra Salazar, que representaba allí el mismo papel que nuestro *Juaritos* aquí.

Mírense en este espejo
 Los puros viles
 Que se arrastran al yankee
 Como reptiles.
 ¡Salud, traidores!
 Que Satán así premia
 Sus servidores.

Cuando el yankee domine
 En nuestro suelo,
 Convertirán á Juárez
 Sin duda, en negro,
 Para el chicote
 Prepare sus espaldas
 El guajolote.

Retrógrados malditos,
 Sois muy simplones;
 A los que embargan templos
 Llamáis ladrones.
 ¡Y bien! ¿qué exceso
 Es robar donde impera
 Hoy el *progreso*?

Mientras haya ladrones,
 Dicen los puros

Que el triunfo de su causa
Será seguro.
Mas creen que falla,
Cuando falte en sus filas
Esa canalla.

Como estamos en tiempos
De vice-versa,
Lo malo para el puro
Es cosa buena;
Y son bribones
Todos los que critican
A los ladrones.

Para el que no lo crea
Vaya el ejemplo:
Huerta, Porfirio y Blanco,
Roban el templo;
Y á estos gandules
Les confiere *Juaritos*
Bandas azules.

A los que no imitan
A tales héroes,
Las horcas les recetan
Y los cordeles.

Blancarte intrépido,
Tu sombra veneranda
Diga si miento.

Las hordas de Pueblita
Van á Ixtlahuaca,
Burlan á las mujeres,
Queman las casas.
¿Y el puro infame
Reniega de estos hechos?
¡No, los aplaude!

De Bravo las cenizas
¡Quién lo creyera!
Hoy se ven profanadas
Por la *Pantera*.
Hasta su quinta
Generación persigue
La fiera pinta.

Tu ilustre nombre, ¡oh Bravo!
No se consiente,
Donde domina el viejo
Tío Juan Machete.
Bravo Correa
Cayó al golpe asesino
Y también Rea.

LOS HÉROES DE MI PATRIA

No en honra á las marciales
 Luchas famosas de la Grecia canto;
 Mi patria tiene iguales
 Valientes generales,
 Y por su gloria yo mi voz levanto.

De Aquiles, un Homero
 Dejó la vida prodigiosa escrita;
 Sobresalir yo quiero,
 Y canto al *patriotero*
 En Juárez, Huerta, Santos y Pueblita.

¿Dónde hay hombres más dignos
 De ocupar de la historia el vasto campo,
 Con indelebles signos
 Que los puros benignos
 Vidaurri, tata Juan y el buen Ocampo?

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA GARRA

En una calle de Morelia, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un empleado de exigua estatura, ojos hundidos y cara de contrición. Una olla de algo más vaca que carnero, torreznos las mas noches, buen chocolate todos los días, ningún ayuno los viernes, y no malas comidas los sábados, consumían las dos partes del sueldo eclesiástico que gozaba, y el resto se consumía en tal ó cual pantalón raído y de astrónomo, unos anteojos azules, y alguna casaca de punto de caramelo con cuello de dalmática. Frisaba en los cuarenta y pico, era de complexión endeble, enjuto de rostro, pero de cabeza asturiana. Quieren decir algunos que desde su nacimiento tuvo decidida vocación por la Iglesia; aunque otros afirman que desde antes (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por hechos posteriores puede afirmarse que unos y otros tienen razón. Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho empleado, los

BIBLIOTECA ALFONSO X
 DE BURGOS UNIVERSITARIA
 V. A. N. E. I.

ratos que podía defraudar á su destino (que eran los más) se daba á leer libros de fourieristas y sansimonianos, con tanta afición y gusto, que se olvidó de las cuentas de los diezmos y aun de la administración de su casa, y llegó á tanto su desatino, que una parte del sueldo la empleó en libros que leer, y así llenó su casa de cuantos pudo pillar, y, de todos, ningunos le parecían de más grato solaz é instrucción como los que compuso *Proudhon* y aquellas desconcertadas razones suyas le parecían de perlas, principalmente cuando se encontraba con las altisonantes de: «*la propiedad es el robo, Dios es el mal, los bienes de la tierra á todos nos pertenecen*, y otras del mismo calibre, que le sonaban dulce y amorosamente en las orejas, y le hacían escupir más á menudo, por hacérsele agua la boca, considerando todo el lote que en suerte le había de caber más tarde.

No estaba muy bien puesto con la parte que á su vez le reclamarían otros de la presa que hubiera hecho, porque se imaginaba que por muchas riquezas que abarcara, había de haber muchos pedidores que á su vez le dirían que la propiedad es el robo; pero, con todo, alababa la feliz invención de hacerse rico sin trabajar, y muchas veces le vino el deseo de tomar la pluma para poner al pie de aquellas páginas, que la propiedad sería sagrada luego que estuviera en sus manos; y sin duda lo hiciera y aun se saliera con ello, si otros mayores y continuos pensa-

mientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas competencias con los hombres de su partido (que son doctos en la facultad) sobre si era mejor caballero el que roba en camino real, sin invocar bandera alguna, ó si tenía más mérito el que á la sombra de una constitución y un partido, despluma por mayor sin andarse con chiquitas.

En resolución, él se enfrascó tanto con su lectura, que leyendo se le pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le vació la mollera, y vino á perder los pocos escrúpulos que tenía. Llenósele el magín de todo lo que había leído en los libros, así de robos y de falansterios, como de sociedades de mutua beneficencia. Y asentósele de tal modo en el caletre que era verdad toda aquella multitud de desatinos, que de su error no le hubiera sacado ni el mismo San Dimas, si sólo por eso hubiera vuelto al mundo. Así es que vino á dar en el más extraño pensamiento que á cabeza humana pudo ocurrir, y fué que le pareció útil, conveniente y provechoso extender en México las doctrinas comunistas, así para el aumento de su hacienda como para la destrucción de las gentes, y determinó por ende hacerse caballero andante y salir por esos mundos de Dios, haciendo lindezas, buscando aventuras y ejercitándose en la honrosa profesión de hacer todo género de agravios, hasta cobrar imperecedera fama.

Imaginábase el pobre, ya dueño de una inmensa fortuna,

BIBLIOTECA ALFONSO DE SÁENZ DE AGUIAR UNIVERSITARIA U. A. N. B. I.

y tal vez, tal vez sentado en un mullido sillón, dictando leyes al país y hecho supremo legislador del reino azteca, y con estos pensamientos, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué encomendarse á Caco con toda devoción, afilar las uñas y aguzar el entendimiento para que ninguna de las doctrinas que había aprendido fuera á olvidársele á la mejor ocasión. Y hechas tales prevenciones, no quiso aguardar más tiempo, y apretándole la falta que él pensaba que hacía en el mundo su presencia, según eran los agravios que pensaba hacer, los derechos que entuertar, sinrazones que cometer, abusos que aumentar y deudas que no satisfacer; y así burlando la vigilancia de las autoridades, y sin despedirse de los que lo habían hecho gente, una mañana antes del día se armó de sus anteojos, cabalgó sobre un flaco rocín, y formando con un risueño capote una hética maleta, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su mal deseo.

Mas apenas había andado los primeros pasos, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria, que nunca caballero andante se vió en el mundo sin un leal escudero, y así por no faltar á tan cómoda y acertada usanza, acordó de dirigir sus pasos á la casa de un ranchero muy conocido suyo, hombre codicioso y socarrón, con ribetes de bellaco y de poca sal en

la mollera. Hallólo, y tanto le persuadió y prometió, que el pobre patán determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas el insigne caballero, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas, alguna ínsula y le dejase á él (el ranchero) por gobernador de ella. Con estas y otras razones, Pitacio, que tal era su nombre, dejó su mujer y rancho y se asentó por escudero de su vecino.

Así dispuestas las cosas, echaron á andar por donde á los jacos les vino en voluntad, considerando de rigor que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestros flamantes aventureros, le ocurrió á nuestro héroe, que para distinguirse de los de su ralea, y habiendo mudado de estado, debía también cambiar de nombre y ponerse uno que le diera á conocer por todo el mundo. Y revolviendo en su imaginación todos los pomposos y retumbantes nombres que pudo recordar, vino á decidir que en lo de adelante llamaríase *Don Quijote de la Garra*, por cuanto, mediante ella, pensaba subir á la mayor altura, y desarrollarla en pro de sus hambrientos bolsillos. Contento de su invención, y no pudiendo por más tiempo contener dentro del pecho sus proyectos, exclamó lleno de júbilo:

— ¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de horro-